



# Dos relatos

*Avril Martínez Blanco*

## En otro tiempo

**E**SE AÑO CUMPLÍ OCHO. Mis hermanos me regalaron un álbum con timbres postales de todo el mundo.

Algunos días soñaba que papá vivía en Perú, otros en México o Italia. Hacía dibujos para él y los dejaba en la mesa de la cocina. Al día siguiente, mamá ponía las empanadas o el curanto sobre la casa grandísima que yo había construido para mi padre. Después comíamos en silencio.

Los jueves, el día de descanso de labores en el trabajo de mi madre, salían de la casa mis hermanos y ella. A mí me dejaban con Cu, la abuela. Me preparaba chocolate y pasábamos un rato escuchando música que la hacía llorar. Yo construía una casa o un automóvil nuevo para papá. Por momentos alucinaba con la voz de mi padre que se esparcía por las escaleras. Le decía a Cu que cuando yo fuera mayor usaría cascos espaciales y los llevaría a todos a vivir a otro planeta. Ella abría los ojos como dos platos inmensos, se frotaba las manos antes de acariciarme la cara, me sentaba junto a su canasta de hilos y mirábamos los árboles incendiarse.

Mi familia llegaba a casa después de la siesta. Cu me despertaba para que ayudara a mamá a limpiar las ollas donde cocinaban, y más que otras veces la casa permanecía en silencio. Sólo escuchábamos a los vecinos salir de sus hogares para reunirse en el quiosco del barrio y escuchar en la radio *El Conquistador*. Nosotros no íbamos. Mi madre decía que no teníamos nada que hacer allí. Que los vecinos se darían cuenta de que no duraría mucho tiempo dicho ritual. Se repetía la misma procesión todos los domingos, en lugar del quiosco, los vecinos visitaban el cementerio. Llevaban flores amarillas y blancas. Tampoco nosotros íbamos.



Mi abuela decía que cuando las personas morían, luego iban a otro lugar donde vivían toda la eternidad. El paraíso, así le llamaba. Una vez le pregunté a mamá ¿cuánto dura la eternidad? Ella respondió que para siempre; ¿y cuánto dura siempre? Pues siempre, niña. Que no termina. Entonces cuando te mueras ¿puedo ir a vivir contigo? Mamá, callada, sacó de la alacena una bolsa de arroz y me pidió que la limpiara y que esperaba que no me tardara una eternidad en terminar bien mi trabajo.

Todos sabíamos que ella extrañaba a papá. Mi hermano mayor nos decía todas las noches, antes de acostarnos para dormir, que papá estaba en un viaje muy largo y que con suerte antes de finalizar el año regresaría a casa y nos llevaría a pasear al campo. Sabía que cuando regresara se sentiría muy feliz de ver todos mis dibujos y el mundo que soñaba para él.

Un día, todos llegaron a casa muy alterados. Mamá le pidió a Cu que me sacara de la habitación y hablaron por horas. No me asusté. Ya había pasado la misma escena otras veces, cuando papá todavía estaba en casa. Salí al patio y recolecté hojas y ramas de los árboles para hacerle un sombrero a mi padre. Creí que le serviría para el otoño que se aproximaba. Después uno de mis hermanos me llevó a dar un paseo por el parque y me compró un buñuelo. Nos recargamos en la puerta de la iglesia y vimos pasar corriendo a un par de mujeres con sábanas y bolsas de plástico. Le dije que tenía un sombrero para papá y que pensaba hacerle unos guantes como los que hacía la abuela. Le repetí una y otra vez que sería bueno para el invierno.

Cuando regresamos a casa, el resto de mis hermanos, Cu y mi madre estaban sentados en las escaleras. Hablaron de estar listos, de un viaje y de que ya no podía jugar en el patio ni en la acera. Cenamos y mamá tenía un semblante más triste. Me dijo que a partir de ese momento iría con ella al trabajo. Y saldría con todos, ahora sí, los jueves. Lo que hubiera pasado no me importaba, porque todo estaría bien. Pasaría todo el día con ella.

Los días siguientes salíamos muy temprano por la mañana y caminábamos hacia la fábrica donde trabajaba. Mamá me sentaba sobre una piedra escondida detrás de la barda. Sonaba una alarma y después se oían susurros de personas sin rostros, sólo hileras de cabezas, todas con el cabello de mi madre. Después de un rato sonaba nuevamente la alarma y todos se iban. Pasaba la mañana observando la nube de humo que salía de las chimeneas. A veces pensaba que eran avionetas o dragones. Papá podría regresar en ambos.

Después de varias semanas pensé que mamá gozaba con abandonarme en aquella piedra. Sólo me dejaba un trozo de pan con pescado y agua de chirimoya. Nunca dulces.

Y papá no regresaba y la abuela había muerto. Mis hermanos dejaron la casa. El otoño tiró todas las hojas de los árboles y el invierno dibujó líneas de neblina en las montañas, que poco a poco desaparecieron.

Mamá cada vez hablaba menos. La Moneda se había quemado. En el barrio casi no vivía nadie. Los niños, mis amigos lejanos, ya no trazaban rayuelas frente a mi casa. Y ya no me quedaban países en el álbum. Tampoco éste, el mío. ■■■



## En la casa

LOS PRIMEROS DÍAS DE ABRIL vaciaron nuestro pueblo. Dormiríamos en el estacionamiento de un supermercado de la ciudad. No supimos por qué a ti y a mí nos llevaron a una casa que nadie había terminado de construir. Hubiéramos querido tapar la puerta principal y las ventanas con carteles de películas iraníes de 1940.

Por la noche hablábamos debajo de las cobijas, para matar el hambre y frío que teníamos, pero era raro, desde que llegamos aquí el apetito ya no era un problema del cual preocuparnos. Sin embargo, pasaron muchos días en los que planificábamos hacer cenas con la familia o los amigos. Llenar la mesa de platillos simples: papas, puchero o pastel de zanahoria. Tratábamos de habitar esta casa, hacerla un lugar agradable.

Pocas veces yo comenzaba una conversación. Horas y horas hablando de películas que ninguno de los dos habíamos visto. Te contaba que me hubiese gustado verlas en el pequeño cine del pueblo, con alguno de mis hermanos o con mi madre.

*Los ojos negros* no es buen nombre para una película, es demasiado predecible; hacías un gesto de aburrimiento y cansancio después de interrumpirme para decirme eso. Yo te veía levantarte de la mesa sin razón alguna. Luego caminabas alrededor de la habitación, observabas el reloj y las manchas de humedad en el techo. Decías “ojos negros” como los tuyos son la cosa más simple de desentramar. Mira, *en un pueblo cualquiera una familia con una hija de tu edad y un bebé, todas las mañanas llevan a cabo la correspondiente oración antes de los alimentos. Comen hasta saciarse, salen de casa para ir al río y bañarse allí. Los esposos casi no hablan.* Interrumpí para preguntar ¿no tanto como nosotros? No es necesario que ellos lo hagan, dijiste. Que nosotros hablemos de esa manera es simplemente otra forma de vivir. Quizá peor, no lo sabemos, es la única vida que hay. *El esposo enjabona a la esposa, ella a su vez enjabona al bebé y la hija mayor nada en silencio por un rato, luego lava su cabello, después sale del agua para comer una pera o una manzana. Los esposos no se tocan, sólo lo necesario. Se miran fijamente, como*



*imaginando sus cuerpos desnudos; es el único lenguaje que, pese a todo, nunca han equivocado. Luego pasean un poco y pisan la hierba seca; la hija siempre sonríe cuando logra hacer más ruido que sus padres, al caminar.*

Te pregunto qué relación tiene esa historia con nosotros. Muevo las manos fingiendo ser un pájaro y digo que la película iraní no se trata de eso. Lo que sucede en la película es muerte, sangre, animales destazados. No hay romance, no hay cosas hermosas, sólo el título. No sabes, no la has visto, respondes. Pero dices que habla sobre de mí. No. Sólo dije que *Los ojos negros* es un mal nombre para una película porque es aburrido, como la historia de la familia; mejor aún, como los “ojos negros” que observan películas predecibles, en este caso, los tuyos. Yo no vi nada de lo que dijiste. Porque no quieres hacerlo. Mis ojos han visto, por ejemplo, cómo nos sacaron de nuestra casa, nos metieron en un camión con olor a orines y comida descompuesta. Encerraron ahí a toda la gente que no pudo escapar, hasta escarbaron los corrales para ver si alguien se escondía debajo. ¿Quién iba a esconderse junto a las gallinas? Eso fue lo que quisiste ver. No, fue lo que pasó, ni más ni menos. Después, no respondiste nada y esperamos que la noche transcurriera sin sobresaltos.

Poco antes de que amaneciera me preguntaste si de esa manera quería recordar nuestro antiguo hogar. Sentí ganas de golpearte. Te reíste y me pediste que nos preparáramos; era casi la hora. Te dije que estaba cansada de la misma rutina de todas las mañanas. Podríamos hablar o cantar canciones; sería bueno hacer otra cosa, inventar un juego nuevo, menos tedioso, más divertido. Te reíste otra vez. Sabíamos que era imposible darnos ese lujo. Lo único que dije antes de cubrir mi cabello con un pañuelo azul fue que me gustaría tener un calendario; *siento que llevamos aquí toda la vida*. No te pongas sentimental, *ojitos negros*. Ya amaneció, vamos a salir.

Así era, durante todo el día no decíamos ni una palabra más, jugábamos a ser cadáveres entre el pasto crecido del jardín de nuestra nueva casa. Era raro, nunca nadie quiso visitarnos. Lo único divertido para nosotros era ver esos camiones en la avenida, con soldados y trozos de telas rojas, azules y blancas que los cubrían. ▀